



Metas del Milenio o Mitos del Milenio

Héctor Béjar

Magíster en política social e investigador del CEDEP

Síntesis: El Perú debería reducir en 216,000 personas cada año el número de peruanos que viven en extrema pobreza para cumplir con los Objetivos del Milenio el 2015. Pero, por el contrario, producimos 200,000 nuevos pobres extremos cada año, más de 500 por día. Mantenemos una enorme cantidad de programas estatales que persiguen reducir la pobreza. Pero buscan aliviar las consecuencias y se ignora las causas.

La campaña mundial por alcanzar las Metas del Milenio ha sido lanzada por la sociedad civil internacional la semana pasada en el Foro Social Mundial de Porto Alegre. Siguiendo el lema *sin excusas* (no hay excusas para no actuar), organizaciones no gubernamentales de todo el mundo demandarán a sus gobiernos que cumplan con sus promesas de reducir la pobreza expresadas reiteradamente en las Naciones Unidas.

En setiembre de 2000, representantes oficiales de 180 países, entre ellos el Perú, se reunieron en la Cumbre del Milenio convocada por las Naciones Unidas en Nueva York y adoptaron la Declaración que dio base a la formulación de los Objetivos de Desarrollo del Milenio, ODM, que fueron propuestos por un equipo de técnicos dirigido por Jeffrey Sachs.

Se trata de ocho objetivos concretos: erradicar la pobreza y el hambre; lograr la universalización de la enseñanza primaria; promover la igualdad entre los sexos y la autonomía de la mujer; reducir la mortalidad infantil; mejorar la salud materna; combatir la infección por el virus de la inmunodeficiencia humana, VIH; el sida, el paludismo y otras enfermedades; garantizar la sostenibilidad del medio ambiente; y fomentar una asociación mundial para el desarrollo.

El equipo de Sachs propuso las Metas de Desarrollo del Milenio MDM, e indicadores precisos para facilitar el seguimiento; y se definió un horizonte temporal de quince años al 2015 como tiempo necesario para lograr las metas. Se construyó así ocho objetivos, dieciocho metas y cuarenta y ocho indicadores.

Una de esas metas es reducir a la mitad, antes de 2015, la proporción de la población que vive con menos de un dólar por día.

El Perú, que es uno de los países firmantes, tenía en 2001 un 24% de su población viviendo con menos de un dólar por día, es decir 6'513,000 personas. Si quiere cumplir esta meta, sin considerar el crecimiento de la población, debería tener sólo 3'240,000 personas viviendo en la pobreza extrema dentro de quince años. Lo que quiere decir también, que cada año debería reducir en 216,000 personas, la cantidad que vive en la pobreza extrema. Tendría que invertir la corriente: el Perú produce 200,000 nuevos pobres extremos cada año, más de 500 por día.

¿Puede el Perú con su política actual no sólo invertir estas tendencias sino tener 216,000 pobres menos cada año?



Las metas del milenio no son algo nuevo. En 1995, en la Conferencia de Copenhague, los mismos estados, también incluido el Perú, acordaron reducir la pobreza extrema a la mitad para el año 2000. Poco antes, el Perú había diseñado, con ayuda del Banco Mundial, su Estrategia de Lucha contra la Pobreza. Se focalizó la acción estatal en 419 distritos y se invirtió un total de 3,600 millones de dólares en seis años con cargo a deuda externa. Al cabo de ese lapso, según los cálculos realizados por la Encuesta Nacional de Hogares, realizada por el INEI a fines del año 2001 (ENAHO 2001), habían 45.2% de pobres y 24.4% de pobres extremos. La pobreza extrema, a pesar de la focalización y la inversión pública, había aumentado de 18% a 24%.

Pero esta comprobación no dio lugar a un debate a fondo ni correcciones importantes de política. En vez de ello, la administración que siguió a Fujimori continuó con la misma política, cerrando los ojos a la ineficacia de sus métodos de acción pública. Tal como en el pasado inmediato, hoy día el Perú mantiene una enorme cantidad de programas estatales que persiguen reducir la pobreza. Se “ataca” la pobreza como si fuera un enemigo físico. Se quiere aliviar las consecuencias y se ignora las causas.

Todo el esfuerzo de los últimos años ha consistido en mejorar las técnicas para medir e identificar la pobreza, pero hubo muy pocos esfuerzos destinados a examinarla como un fenómeno económico, social y cultural y preguntarse cuáles son sus causas. Una suerte de censura y autocensura acompañó a una actitud tecnocrática para definir y enfrentar la pobreza. Hay pues un escamoteo de lo que debería ser un debate social y político.

La pobreza es una marea social que crece día por día, con toda su carga de desmoralización, suciedad, desorden, violencia delictiva y corrupción (que alcanza las altas esferas del poder). La sociedad peruana padece algo más que el problema de tener parte de su población viviendo con menos de un dólar por día. Debemos preguntarnos por qué. Si no somos capaces de formularnos esta pregunta, responderla y actuar en consecuencia, las metas del milenio quedarán convertidas en los mitos del milenio.

Es obvio que si se clausura empresas, se despide trabajadores y se cierra el mercado interno a los productores nacionales, la pobreza aumentará. Si el Estado es incapaz de recolectar los impuestos necesarios (el Perú tiene 12% de presión tributaria mientras el promedio latinoamericano está en 18%), no habrá dinero para los servicios sociales. Y si encima de todo ello, se aparta la política social de la política económica, tratando ambas como entes separados, se forma una política pública esquizofrénica en que la política social constituye la pastilla calmante que trata de aliviar los males que causa la política económica.

Replantarse los problemas del desarrollo en nuevos términos parece ser muy importante después de la experiencia de once años (1993 al 2004) de “luchar contra la pobreza”. Y eso significa ayudar a los productores a producir en vez de distribuirles alimentos gratis; crear empleo adecuado para los trabajadores vía la inversión pública y privada en lugar de presionar para bajar los salarios. E iniciar una reforma tributaria que signifique que todos financien servicios sociales para todos a la medida de sus ingresos, empezando por la educación y la salud. Un esfuerzo nacional que puede hacerse perfectamente por la vía de una democracia que merezca tal nombre.